

III. El desarrollo económico: la expansión de la economía de dehesa

Se entiende por sí mismo que la mayor parte de los ocupados de la provincia de Badajoz había que atribuirlos al sector primario. Es asimismo lógico que el porcentaje de la agricultura y de la ganadería en la estructura ocupacional de la región tenía que estar, incluso en el marco de una España todavía agraria, por encima de la media²². En 1877 cuatro quintas partes de la población activa de la provincia estaban ocupadas en la agricultura y la ganadería. El sector secundario y el sector terciario tenían poca importancia con valores en torno al 10% cada uno. Los siguientes cuarenta años poco cambiaron en esta distribución. Continuó el excesivo peso del sector agrario, aun cuando se estancaron las cifras de ocupados e incluso retrocedieron en términos comparativos. En 1920 todavía había tres cuartos de la población activa ocupada en la agricultura.

Esto significaba que el crecimiento de la población no favoreció al sector primario: el número de ocupados creció entre 1877 y 1920 un 40%, el número de los ocupados en la agricultura, sin embargo, sólo creció un tercio²³. Pero significaba también que Badajoz seguía retrocediendo en el conjunto español: España, que había entrado con paso débil en el proceso de industrialización, todavía arrojaba en 1920 la cifra de tres quintas partes de los ocupados en el sector primario y una quinta parte en la industria y en el sector terciario, respectivamente. Estas cifras ocultan grandes diferencias regionales y se hacen más fuertes por el fuerte excedente de las zonas agrarias, entre las que se cuenta la provincia de Badajoz. El sector servicios todavía persistía allí con su porcentaje de alrededor del 10%, mientras que la industria y los oficios, con un escaso 13%, habían alcanzado el porcentaje que tenía España en 1877.

22. Véanse los datos en Zapata Blanco, *Producción II*, págs. 1506-1516.

23. En España, en ese mismo periodo de tiempo, sólo subió un 14%, y en el sector primario incluso descendió ligeramente.

1. *Agricultura y ganadería: expansión sin innovación*

En las décadas en torno al cambio de siglo se consolidó definitivamente el estatus de Extremadura como una región agraria cuyos métodos de producción son juzgados como destructivos tanto por los comentarios de la época como por los actuales: la agricultura y la ganadería eran improductivas y estaban estancadas y se practicaban con técnicas rudimentarias y obsoletas; la agricultura tiene que arreglárselas casi sin abonos y apenas está mecanizada. Según esos comentarios, el monocultivo excesivo o cultivos en secano simplemente inadecuados sin regadío que incrementara la producción y las amplias zonas de barbecho perfilan su triste imagen; los beneficios de la agricultura además no se invierten en ella, sino que son desviados por los rentistas absentistas hacia otras actividades. De este tenor o similar son las críticas económicas al latifundismo²⁴, que ven en su supuesta ineficacia económica una de las principales raíces de la «cuestión del sur» española.

Sólo la nueva historia agraria española, concretamente el Grupo de Estudios de Historia Rural, ha logrado una modificación e incluso una revisión de estas difundidas ideas con su intensivo trabajo sobre las estadísticas de la época²⁵. En el siglo XIX la agricultura española había entrado en una fase de expansión, y no en último término a causa de las transformaciones de las relaciones de propiedad a consecuencia de las reformas agrarias liberales y el

24. El catálogo de todos estos tópicos se encuentra, por ejemplo, en García Pérez, *Estructura*, págs. 167-203, en su tratamiento de las consecuencias de los latifundios en la provincia de Cáceres, por poner un ejemplo para Extremadura. Hasta hace muy poco tiempo se encuentran estas opiniones también en los Manuales: véase, por ejemplo, J. Sánchez Jiménez, en: Jover Zamora (ed.), *Historia*, vol. 37, pág. 337 y s. y *passim*.

25. Véase como la panorámica mejor y más amplia sobre el desarrollo de la agricultura agraria de 1800 a 1936, las colaboraciones de A. García Sanz, «Crisis de la agricultura tradicional y revolución liberal»; R. Garrabou / J. Sanz Fernández, «La agricultura española durante el siglo XIX: inmovilismo o cambio?»; J. I. Jiménez Blanco, «El nuevo rumbo del sector agrario español (1900-1936)», en: Garrabou y otros (eds.), *Historia*, vol. 1, págs. 7-99, vol. 2, pág. 7-191, vol. 3, págs. 7-141. Para Badajoz, Zapata Blanco, *Producción*, en cuyo rico material estadístico y en cuyos análisis fundamentales del sector agrario de Extremadura me baso en lo que sigue.

aumento de la población, fortaleciéndose sus características mediterráneas sobre la base de los cereales, el vino y las aceitunas. Este auge estuvo acompañado de una crisis en la ganadería, sobre todo en la producción de lana. A finales del siglo España se vio afectada, al hilo de la expansión del mercado mundial, por una crisis agrícola y pecuaria²⁶, que afectó al país de manera muy diferente según las regiones y según la producción. La reacción fue, además del establecimiento de barreras arancelarias como habían hecho la mayoría de los Estados europeos, un movimiento de expansión en muchos lugares, un notable incremento de la superficie cultivada en casi 4 millones de hectáreas a costa de los bosques y a favor, sobre todo, del sistema cereal, pero también de los olivos y de otros cultivos, y un incremento proporcionalmente mayor de la producción vegetal y en especial de la animal. La agricultura se diversificó crecientemente y aumentó la productividad del suelo y del trabajo.

Las zonas del latifundio no se quedaron atrás con estos cambios en absoluto. Precisamente Extremadura mostró con su dinamismo económico mucho menos inmovilismo y más progresos que lo que decían esas opiniones tan difundidas. Es, junto con Castilla la Nueva, la región española que mayor porcentaje tiene en la expansión de la superficie cultivada tanto en cifras absolutas como relativas. En el incremento de la producción agraria es la única, con Cataluña, que está por encima de la media española. El auge de la economía agraria de Extremadura como consecuencia de la crisis finesecular puede caracterizarse como

«la respuesta de un sector, mucho más sensible a los estímulos del mercado que en épocas anteriores, que (...) tiende a especializarse en aquellos productos que se acomodan bien al

26. Sobre este punto el artículo de R. Garrabou, «La crisis agraria española de fines del siglo XIX: una etapa del desarrollo del capitalismo», en: Garrabou y otros (eds.), *Historia*, vol. 2, págs. 477-542 y Garrabou (ed.), *Crisis*, especialmente págs. 161-180: GEHR, Crisis y cambio en el sector agrario: Andalucía y Extremadura, 1875-1935 (resume para Extremadura y Andalucía occidental los resultados de Zapata).

régimen de secano y a las formas de propiedad y tenencia de la tierra vigentes»²⁷.

El crecimiento económico de Extremadura es el resultado de los esfuerzos por aprovechar hasta sus límites las posibilidades de la propia economía de dehesa. Se mantuvieron las vías existentes de la agricultura y la ganadería. La ampliación de la superficie cultivada no trajo consigo, como en otros lugares, decisivas modificaciones en la utilización del suelo. Se atuvieron más bien a las condiciones naturales y socioeconómicas dadas; se continuó la especialización de la región, que une agricultura y ganadería de una manera muy especial.

a) La producción agrícola²⁸

El valor de la producción agraria era en 1900, el punto histórico para el que se dispone de los primeros datos estadísticos a nivel provincial, 154'1 millones de pesetas: el 60% por encima del de la provincia de Cáceres, un 25% por encima del producto de la rica provincia de Córdoba y apenas algo por debajo del valor de la producción de Sevilla. Aunque la provincia estaba básicamente orientada a la ganadería, la producción agrícola significaba el 60% del valor total; la producción ganadera era de un escaso 20%, y algo menor era el porcentaje de la producción de las dehesas. Sólo el valor de la producción de trigo era superior, con el 23%, al de la producción ganadera. Esta distribución poco cambió en las dos décadas siguientes: la producción agrícola mantuvo su porcentaje, el de la producción ganadera subió ligeramente del 20% al 30%, mientras que la producción lograda en los montes, dehesas y pastos cayó de un escaso 19% a un 15%. En algunos productos concretos,

27. Citado según GEHR en: Garrabou (ed.), *Crisis*, pág. 173 y s. Véase J.J. Jiménez Blanco, en: Garrabou y otros (ed.), *Historia*, vol. 3, pág. 104 y s.

28. Véase Zapata Blanco, *Producción*, I, págs. 176-591; II, págs. 1171-1299.

sin embargo, se pueden ver algunos desplazamientos llamativos: el peso creciente de la producción ganadera procede del elevado porcentaje de la producción de carne, que subió del 12% al 15%. En las mismas dimensiones se mueve el incremento del peso de la producción de cereal, que asciende del 35% al 38%, como consecuencia de un crecimiento más que proporcional en los cereales de forraje, mientras que perdió significación el trigo que había sido tan importante hasta entonces. La estructura de la producción de cereales —para pan y para forraje— correspondía a una tendencia nacional, resultante de las necesidades de una producción agraria elevada y diversificada a la vista del crecimiento de la población, del proceso de urbanización y de la incipiente industrialización; en Badajoz este desarrollo, no obstante, tuvo un perfil especial.

El auge de la agricultura de la provincia tras la crisis finisecular es considerable. El valor de la producción agraria asciende de 1900 a 1920 más de un tercio; un crecimiento que continúa, fortalecido, en los años veinte: en 1931 el valor de la producción agraria está un 76% por encima del de 1900. Las cifras sobre el valor de la producción agraria permiten conocer otro rasgo básico de la agricultura de Badajoz, que es típico de Extremadura y de Andalucía occidental en el periodo de tiempo objeto de esta investigación. Mientras que la agricultura española tiende a diversificarse y en 1900 una cuarta parte del valor de la producción agrícola corresponde a cultivos que no se pueden clasificar como los clásicos mediterráneos —cereales, aceitunas, vino y legumbres— y en 1931 es casi un 40% de esa producción agrícola, en Badajoz, por el contrario, esos porcentajes son sólo del 18% y del 14%, respectivamente; otro tipo de cultivos incluso se estancan. La producción agrícola está dominada aquí por los cereales y las legumbres, cuyo valor en 1900 constituye el 70%; sólo los cereales tienen ya el 56% del valor de toda producción vegetal. El cultivo de la vid y de la aceituna tiene solamente una significación secundaria en cuanto a su valor monetario, que se mueve en 1920 en un 3% respecto al total de la producción agraria.

b) La superficie agraria útil²⁹

El notable incremento de la producción agraria en Badajoz, a veces en contra de la tendencia nacional, hay que atribuirlo en una buena parte a una ampliación de la tierra cultivada, que se puede seguir con precisión a través de las estadísticas iniciadas sobre todo en el primer tercio de este siglo. De 1900 a 1922 se incrementó la superficie agrícola casi un 36%, lo que significaban 318.000 ha³⁰. Su porcentaje respecto a la superficie agraria creció del 27% al 42%; las superficies de montes, dehesas y pastos retrocedieron en este mismo periodo un 20% por esta importante acción de roturación, aunque seguían ocupando una parte importante de la superficie útil con un porcentaje del 58%.

El peso de esta evolución corresponde, en cuanto a los distintos cultivos, a las tendencias en la producción mencionadas anteriormente. La superficie agrícola sirvió sobre todo para el cultivo del cereal y de legumbres, que aumentaron su porcentaje respecto al total de la superficie agraria útil del 24% al 38%, un porcentaje considerable cuando se toma en consideración el gran volumen de los montes y los pastos. Ahí se muestra de nuevo con total claridad la orientación económica de Badajoz hacia la ganadería: el porcentaje de las plantas de forraje respecto a la superficie cultivada de leguminosas y grano ascendió en Badajoz, de 1891/95 a 1921/25, del 42% al 49%, haciéndolo los valores españoles del 27% al 33%. La superficie cultivada de grano y leguminosas para el consumo humano, es decir trigo y garbanzos sobre todo, aumentó en el mismo periodo un 64%, la superficie cultivada para forraje para los animales aumentó un 118%.

Las causas de esta especialización son poco conocidas hasta ahora. Las explicaciones de que, al reducir los pastos naturales por

29. Véase Zapata Blanco, *Producción*, II, págs. 810-943, 1412-1501.

30. Por lo que respecta a la ampliación de la superficie cultivada, Extremadura es en el primer tercio de este siglo la región más dinámica de España: sus 724.000 ha nuevas constituyen el 36% de toda la tierra nueva conseguida a nivel nacional en ese espacio de tiempo (véase Zapata Blanco, *Producción* II, pág. 1005, nota 83).

roturaciones, tendría que haber crecido la producción de forraje para unos ganados en aumento, se quedan demasiado cortas. Según Zapata habría que dar aquí cuenta suficiente de la influencia de los mercados, de los precios y de los costes de producción. Las razones técnicas podrían asimismo jugar un papel, como el hecho de que la avena, que tiene comparativamente el crecimiento más espectacular, representa un cultivo especialmente adecuado para una tierra recién roturada. Globalmente se puede constatar para Badajoz, entre 1900 y los años veinte, un incremento regular, acelerado a final del periodo, de la superficie cultivada con cereales y leguminosas, en parte en contra de las tendencias nacionales o de las vecinas regiones de Andalucía occidental, incremento que corrió casi paralelo al incremento de la producción. Para los años anteriores al fin de siglo, especialmente para antes de 1891, es difícil hacer formulaciones más seguras a causa de la falta de cifras. Sin embargo es lógico suponer que la gran ampliación de la tierra cultivada del nuevo siglo tuvo un importante antecedente en las enormes roturaciones a consecuencia de las Desamortizaciones, sobre todo desde 1855. Los pequeños compradores tenían que hacer enormes inversiones en la compra de la tierra, ganado, maquinaria, salarios, etc..., de modo que estas nuevas tierras acababan, en opinión de los observadores de la época, en un endeudamiento sin salida y en la entrega de la tierra. Santiago Zapata, por el contrario, es de la opinión de que las roturaciones habían tenido una salida exitosa con mucha más frecuencia, sobre todo —eso se puede suponer— para los grandes propietarios e inversores³¹.

c) La producción ganadera³²

La producción ganadera está muy por detrás de la producción agrícola en su porcentaje respecto al valor de la producción agraria.

31. Véase, *ibidem*, II, pág. 841 y s.

32. Véase *ibidem*, I, págs. 592-789; II, págs. 1300-1350.

Pero esta relación deforma la significación real de la ganadería en Badajoz, a la que estaban orientadas las dehesas y las grandes superficies de pastos en el este de la provincia. Extremadura muestra aquí un perfil especial caracterizado, en primer lugar, por la cría de ovejas y, en segundo lugar, por la cría del cerdo. También tiene una gran importancia la cría de cabras. El ganado bovino, los burros y los mulos tienen sólo un papel como animales de carga.

La evolución general de la cabaña muestra un claro paralelismo con el de la producción agrícola, especialmente por lo que se refiere a los notables progresos de las dos primeras décadas de este siglo. Pero la crisis de la segunda mitad del siglo XIX afecta al ganado de la región de manera más profunda y amplia que a la agricultura. La depresión afectó claramente sobre todo al ganado de carne, menos a los animales de carga, cuyo porcentaje aumentó. Badajoz perdió entre 1865, el año para el que existen cifras fiables, y 1891 casi la mitad de su cabaña en peso en vivo. Las causas de esta violenta crisis están, por un lado, en la reestructuración de las relaciones de propiedad y de la agricultura a consecuencia de la eliminación de los privilegios de la Mesta y, sobre todo, a consecuencia de las Desamortizaciones, que se produjeron a costa de las superficies de pastos; y, por otro lado, en la amenaza de la competencia andaluza. A pesar de las progresivas y fuertes roturaciones y de la continua reducción de los pastos naturales que eran todavía irrenunciables en la ganadería española³³, la cabaña ganadera aumentó ligeramente por encima de las cifras anteriores a 1865, después de su nivel más bajo en los años noventa del siglo XIX, entre el comienzo del siglo y los años veinte de este siglo, un crecimiento que fue más espectacular que las tasas de crecimiento de la producción agrícola.

El producto principal de la cabaña ganadera de Badajoz fué la producción de carne. Ahí se puso de manifiesto claramente la es-

33. Las dehesas de Extremadura se mantuvieron, sin embargo, o incluso aumentaron. Extremadura tampoco fue tan duramente afectada en términos comparativos por la rápida privatización de los pastos comunales.

pecial orientación de su economía de dehesa extensiva: en 1930, el primer año del que existen datos, Badajoz produjo el 6'7% de toda la carne de España. En la carne de cerdo y de cordero, que constituyan el 85% de la producción de carne de la provincia, era incluso el 7'5% y el 13'1%, respectivamente. Respecto al número de habitantes y a la capacidad adquisitiva regional estas cifras significaban que, en Badajoz, se estaban produciendo excedentes de carne para los mercados de fuera de la región, aun cuando una considerable parte de los cerdos los criaban pequeños ganaderos para el consumo familiar propio. El aumento de la oferta de carne sobrepasaba además claramente al crecimiento de la población. Las mayores tasas de crecimiento en la reproducción del ganado las registró la cabaña porcina: su número de cabezas aumentó el 150% entre 1905/10 y 1921/25; el ganado ovino experimentó un aumento, en el mismo período, del 60%. En 1923 entró en crisis, sin embargo, la cabaña porcina, probablemente por el exceso de producción, por los impuestos sobre el forraje y por los cambios en las costumbres alimenticias; una crisis de la que no se iba a recuperar hasta el presente.

Las ovejas merinas no sólo servían para la producción de carne sino tradicionalmente, sobre todo, para la producción de lana. De Extremadura —dos tercios de Badajoz— procedían por término medio en 1929 y 1933 el 35% de la lana de mejor calidad producida en España. La producción española de lana se encontraba en el cambio de siglo en una crisis de supervivencia, que no dejaba ni imaginar su importancia mundial de otras épocas. Las exportaciones casi no podían ya financiar las importaciones de lana. En Badajoz, la producción de lana —cuya evolución, sin embargo, no se puede seguir por falta de información estadística— mantuvo a pesar de ello una significación relativamente grande y en las dos primeras décadas de este siglo significaba todavía, en cuanto a su valor, entre una cuarta parte y una quinta parte del valor de la producción total de carne. El declive del ganado ovino español afectó a la región sólo de manera limitada: en los pastos prácticamente infinitos de los suelos de valor menor de Extremadura pastaban los mayores rebaños

de ovejas de la península y aumentaron su número de cabezas desde el cambio de siglo hasta casi llegar a la frontera de los dos millones.

Queda, por último, mencionar una función central de la cría de ganado en el suroeste español. Los burros, los mulos y los bueyes (y en último lugar los caballos) eran las «máquinas» empleadas para la tracción y el transporte por todas partes en una zona en la que apenas se disponían para la mecanización de la agricultura.

d) Montes, dehesas y pastos³⁴

En el año 1900 casi tres cuartas partes de la superficie agraria de Badajoz, 1'53 millones de ha., estaban ocupadas por dehesas, montes y pastos. Aunque estas enormes superficies se redujeron hasta 1922, por las grandes roturaciones, a 1'21 millones de ha, es decir, al 56% de la superficie útil, determinaban por completo la vida y la economía de la región. Su porcentaje respecto al valor del producto agrario, que retrocedió en ese periodo de tiempo mencionado del 25% al 19%, era bajo en relación con su gran masa de tierra y fué aventajado por el valor de la producción ganadera, que ascendió, como ya se ha dicho, del 19% al 23%.

La producción principal de estas superficies procedía del aprovechamiento del suelo y vuelo para pastos. Las dehesas tenían en la provincia una importancia fundamental para el aprovisionamiento de forraje para el ganado. Por lo que respecta al valor del pasto, a las dehesas les correspondía a comienzos del siglo el 40% (el 28% los pastos espontáneos, y el 12% la montanera, es decir, las bellotas producidas en las dehesas). El cultivo de cereales, que a veces estaba integrado en las mismas dehesas, al menos los cereales forrajeros, suministraba el 57% del valor de los pastos: granos y paja y, en la época seca del verano, las importantes rastrojeras. Estos valores aproximativos arrojan importantes conclusiones sobre

34. Véase *ibidem*, I, pág. 441-527; II, págs. 911-928.

los recursos regionales y el aprovechamiento del suelo para la ganadería.

En el período investigado en este trabajo y según las cifras fragmentarias existentes y las tomas de posición coetáneas se produjo un notable incremento de la producción en las superficies de pastos y montes (en estrecha relación con la evolución en la producción ganadera y agrícola). Según las investigaciones de Juan García sobre Cáceres³⁵, el 80% de las tierras privatizadas en las Desamortizaciones, sobre todo desde 1855, eran dehesas, en un número superior a las 3.000, lo que constituía un tercio de la superficie de toda la provincia. Relaciones similares se pueden suponer para Badajoz. Estos enormes desplazamientos de la propiedad, que tuvieron que significar la proletarización imprevisible de muchos pequeños campesinos y ganaderos por la desaparición de los derechos de aprovechamiento comunal, trajeron consigo por otro lado incrementos notables en la producción por la ampliación y la intensificación de la economía tradicional: los montes asilvestrados no utilizados hasta entonces se convirtieron en encinares bien cuidados; se amplió la utilización del suelo con roturaciones y se ensanchó la superficie cultivada. La rotación de los cultivos se hizo más corta y se intensificaron los trabajos. Las dehesas aumentaron sus capacidades en la producción agrícola, al menos en la producción de forraje para el ganado.

El cambio no se produjo en absoluto a costa de la ganadería, sino que más bien la benefició. Es muy probable que el número de dehesas aumentara realmente. La cría del cerdo iba a la cabeza, pero incluso en sus épocas doradas a comienzos de los años veinte fue aventajada por la cría de corderos que iba perdiendo en importancia. El retroceso del número de corderos se encontraba en una tendencia secular; la ausencia de grandes partes de los rebaños transhumantes castellanos, que habían poblado vastas superficies de la provincia de otoño a primavera, y la crisis de la producción

35. Véase García Pérez, *Desamortizaciones*.

de lana española favorecieron el aumento de la producción agrícola y la cría del cerdo, que, por su parte, hacía necesario un cultivo mayor de plantas forrajeras en las dehesas.

Otro producto de los alcornoqueros de la región juega todavía un papel especial, porque promovía una industria manufacturera de importancia local y dependía desde el comienzo en alto grado de los mercados internacionales: el corcho³⁶. En 1930 Badajoz producía alrededor de la décima parte del corcho español y disponía de más de 29.000 ha de alcornocales. La industria corchera regional, que se encontraba sobre todo en manos de empresarios catalanes, experimentó su breve punto álgido en la época del boom del corcho en los años entre 1880 y 1889, para caer después en un declive continuo, cuando la fabricación tradicional del corcho había caído en una crisis estructural por la mecanización y el cambio en la demanda internacional, crisis de la que la provincia de Badajoz no se ha vuelto a recuperar. En 1900 trabajaban en la provincia alrededor de 5.000 obreros corchotaponeiros todavía muy próximos al artesano. Aunque la industria local sufrió un fuerte revés con la crisis de los obreros corchotaponeiros, las dehesas continuaron experimentando, sin embargo, un impulso económico por la ininterrumpida demanda de la materia prima del corcho.

No puede quedar sin mencionarse un subproducto de la economía de dehesa, un importante suministrador de energía y de trabajo en los meses de invierno sin apenas ocupación: el carbón vegetal, que se carbonizaba con las ramas podadas de las encinas y los alcornoques y cuya producción aumentó asimismo con la ampliación de las dehesas. El carbón daba ocupación en la provincia a 12.000-15.000 hombres, sólo una pequeña parte de la producción

36. Véase Zapata Blanco, «El alcornoque y el corcho en España, 1850-1935», en: Garrabou y otros (eds.), *Historia*, vol. 3, págs. 230-279 (el artículo es una versión ligeramente transformada de un capítulo de la tesis doctoral de Zapata Blanco, *Producción*, I, pág. 528-560, 580-591).

era para el consumo local y se vendían sus nueve décimas partes a Cataluña³⁷.

e) Expansión sin innovación

La imponente ampliación de tierras cultivadas y los enormes incrementos de la producción en la agricultura y la ganadería de Badajoz durante el primer tercio de este siglo, que contradicen todos los estereotipos de señoritos absentistas, improductividad y pasividad de la región y concretamente de su economía de latifundio, no se produjo por la vía de la modernización, sino que fué resultado del coherente agotamiento de todas las posibilidades de la economía extensiva tradicional.

Todavía a finales del siglo XIX no era muy habitual en la agricultura de la región el uso del abono. Los abonos químicos apenas se empleaban; incluso el estiércol de los establos y las cercas sólo se utilizaba de manera mas intensa en los campos de cereales de los pequeños y medianos labradores en los alrededores de los pueblos. Sólo a principios del siglo se comenzaron a utilizar los abonos orgánicos de una manera más planeada y en cantidades mayores al aumentar los rebaños. Se comenzaron también a utilizar en una mayor medida los abonos químicos, sobre todo los superfosfatos; pero, en conjunto, los abonos químicos siguieron teniendo una importancia secundaria³⁸. Apenas se habían introducido innovaciones técnicas. A causa del excedente de mano de obra barata y del predominio de la ganadería extensiva, los propietarios apenas necesitaban pensar seriamente en inversiones o iniciativas. Al final del siglo XIX todavía se sembraba en Badajoz a mano y en casi

37. Véase F. Rosique Navarro, en: Terrón Albarrán (ed.), *Historia*, vol. 2, pág. 1251 y s. (sin indicación de la fuente).

38. La utilización de abonos químicos en la provincia de Badajoz estaba claramente por debajo de los valores españoles, que por su parte eran muy bajos en comparación con otros países europeos, y era la menor de todo el sur y suroeste español (Véase Zapata Blanco, *Producción*, II, pág. 1074).

todos los sitios se utilizaba el arcaico arado romano, que fue sustituido muy poco a poco, sobre todo a partir de 1914, por los arados de vertedera. Una mecanización como, por ejemplo, la que estaba haciendo considerables progresos en los cortijos de la campiña de Córdoba y Sevilla en el primer tercio del siglo XX, sólo existía en Badajoz en algunas zonas muy concretas de grandes fincas cerealeras. Desde los años setenta del siglo XIX había habido alguna noticia en la prensa regional sobre algunos intentos de mecanización en la cosecha del cereal³⁹. Productores de maquinaria agrícola norteamericanos, ingleses y alemanes realizaron una campaña de publicidad, pero, al parecer, con muy escasa resonancia. La agricultura extensiva de Badajoz se consolidó sobre sus viejas bases, precisamente por sus grandes resultados, que seguramente se pueden atribuir a la utilización a veces rudimentaria de los recursos regionales en las épocas anteriores, y continuó sin grandes inversiones en su modernización tecnológica ni siquiera en un sistema de regadío como reclamaban los regeneracionistas, sobre todo Joaquín Costa, como remedio para el atraso de la agricultura española.

Se puede hablar, por tanto, de una evolución hacia un neoarcaísmo agrario, como se puede observar, según N. Sánchez Albornoz, en la introducción del capitalismo en la agricultura castellana después de 1830⁴⁰. En Castilla, el declive de la actividad regional, la cría de ovejas y la producción de lana, y la gran ampliación de la economía cerealista extensiva tradicional de menor productividad, que se fué integrando progresivamente en el mercado nacional, reforzó el agrarismo tradicional dentro de una evolución regresiva. En Extremadura, sin embargo, había aún menos vías alternativas que en Castilla en esas actividades y en la industria; y, más bien como reacción a la crisis finisecular, se quiso seguir

39. Véase, por ejemplo, «La segadora en Extremadura. Ensayos verificados en el término de Badajoz», en: *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento* 8 (1878), pág. 538 y ss.; *Revista de Almendralejo* 4.5., 8.6.1879; 19.9.1880; *NDB* 29.5., 1., 10.11.1902.

40. Véase N. Sánchez Albornoz, «Castilla. El neoarcaísmo agrario, 1830-1930», en: N. Sánchez Albornoz (ed.), *Modernización*, págs. 287-298.

utilizando el potencial regional del sector agrario con gran éxito realmente. Este éxito estuvo sobre todo en la economía de dehesa, que dió su impronta especial a la agricultura y a la ganadería de Extremadura en comparación con otras regiones de cultivos extensivos de secano. Las tasas de crecimiento en la ampliación de la tierra de cultivo, el incremento de la producción de cereales forrajeros sobre todo y de carne de cerdo y de cordero se impulsaron hasta los primeros niveles en una comparación nacional e interregional. Se producían enormes excedentes para los mercados de fuera de la región, mientras que se mantuvieron bajas la densidad de la población y la capacidad adquisitiva. La productividad, sin embargo, subió ligeramente: un balance curiosamente positivo, a pesar de todo, si se piensa que en esa época se abrieron a la explotación grandes cantidades de suelos de menor valor. Los terratenientes aprovecharon las posibilidades que les ofrecieron los recursos y la coyuntura.

Aumentó el producto agrario. La desigualdad radical de su distribución, sin embargo, fue todavía más explosiva en las condiciones sociales y políticas dadas. Como observaba incluso un comentario de la prensa regional conservadora sobre el problema de la tierra en general para España en los críticos años de la guerra mundial, pero partiendo de la situación de Badajoz:

«Hoy la producción del suelo español es superior en un quinientos por ciento a la de hace ochenta años; la población española ni siquiera se ha duplicado, y sin embargo la vida de las clases necesitadas es mucho más difícil cada día. Qué significa esto? Esto significa, esto prueba palmariamente que el problema no sólo es de producción, sino primera y principalmente de distribución»⁴¹.

2. *La ausencia de alternativas industriales*

Las cifras sobre la estructura ocupacional ya daban una representación de la ausencia de la industrialización en Badajoz. A di-

41. Véase «El problema de la tierra», en: *CM* 24.4.1918.

ferencia de Andalucía, que en la segunda mitad del siglo XIX cayó en un proceso de desindustrialización de graves consecuencias, la provincia de Badajoz nunca tuvo ningún impulso serio de industrialización. Las actividades tradicionales protoindustriales realizadas en la familia para el mercado local, como la hilandería, la tejeduría de lana o la producción de jabón, fueron vencidas por los cambios en las técnicas de producción y en el mercado y no desempeñaron ningún papel mas en las últimas décadas del siglo anterior⁴².

A comienzos del siglo XIX, con la apertura y explotación de los recursos del subsuelo se había esperado un fuerte impulso para la industrialización de la región⁴³. Los prospectores buscaban minerales, pero los hallazgos ocasionales se mostraron por lo general como insignificantes o de escaso valor. Desde los años ochenta subió el número de licencias, pero ya en 1900 se abandonaron la mayor parte de las galerías y lugares de extracción. Apenas había un lugar que no tuviera estos testimonios de la «fiebre minera». Los años de la primera guerra mundial trajeron todavía un breve boom «artificial», pero la minería en Badajoz estaba condenada a una vida de apariencia sin significación. Las riquezas del subsuelo de la región sólo permitieron pequeños y breves proyectos de extracción, como en el pueblo de Hornachos, de algo más de 4.000 habitantes, donde a finales del siglo pasado alrededor de una cuarta parte de las familias encontró una salida durante algunos años en la extracción de mineral de plata bajo control inglés. Una excepción la constituyeron los yacimientos de plomo en la zona de Azuaga, en el sureste de la provincia⁴⁴, donde los trabajos de minería al-

42. Véase García Pérez/Sánchez Marroyo, *Industrialización*, pág. 7 y ss. Un balance actual sobre el tema, elaborado y publicado después de la terminación de este trabajo, lo da Santiago Zapata Blanco (ed.), *La industrialización de una región no industrializada: Extremadura 1750-1990*. Cáceres 1996.

43. Sobre la minería en Badajoz, casi sin investigar, véase García Pérez / Sánchez Marroyo, *Industrialización*, pág. 19 y ss.; F. Rosique Navarro, en: Terrón Albarrán (ed.), *Historia*, vol. 2, pág. 1255 (señala sobre todo algunos nombres de las empresas).

44. Véase A.M. (Alberto Merino), *Azuaga*; García Pérez/Sánchez Marroyo, *Industrialización*, pág. 21 y ss.

canzaron su punto álgido en el último tercio del siglo XIX. La Société Minere et Métallurgique de Peñarroya, dominada por el capital francés, a sólo 35 km., en Peñarroya, provincia de Córdoba y una de las zonas mineras y metalúrgicas más grandes de toda España, se dedicaba a la extracción del mineral o lo compraba a pequeños empresarios, que muchas veces eran pequeños campesinos de la localidad.

La ausencia de perspectivas de la minería regional se ilustra con las pocas cifras disponibles sobre ocupación: en 1860 trabajaban en la minería 109 hombres, el 0'8% de la población activa del sector secundario; en 1900 eran 1990, aun así una escasa décima parte de los hombres ocupados en la industria y el 1% de toda la población activa masculina. El sector cayó luego en la insignificancia y, con cifras casi siempre por debajo de las 1.000 personas, arrojaba solamente un 0'4% de los ocupados del sector secundario ya de por si débil de la provincia⁴⁵.

Casi sobra la afirmación de que el nuevo sector de obtención de energía eléctrica de la región apenas tuvo algún impulso. Desde los años noventa se comenzó a cambiar en los pueblos más grandes la iluminación de gas por la eléctrica. El suministro de energía se realizó por pequeños empresarios o cooperativas locales, que instalaron la mayoría de las veces generadores a vapor o a gas y, en menos veces, de fuerza hidráulica. El número de estas pequeñas plantas de dimensiones locales creció con continuidad sobre todo en los años posteriores a 1910; pero apenas garantizaban más que la iluminación de las calles y las casas particulares⁴⁶.

3. *Situación periférica y aislamiento*

Un problema de que se quejaban los contemporáneos, y no sólo en relación con las dificultades de la minería en la región, era el

45. Véanse *Censos* de 1860, 1900, 1910, 1920, 1920; las cifras se encuentran también reunidas en Zapata Blanco, *Producción* II, pág. 1505 y ss. Lamentablemente los *Censos* de 1877 y 1887, precisamente los años del «florecimiento» de la minería regional, no tienen ninguna rúbrica especial para los trabajos mineros.

46. Véase García Pérez/Sánchez Marroyo, *Industrialización*, pág. 27 y ss.

aislamiento e incomunicación de la región, al menos desde el siglo XVIII, y su extremadamente insuficiente red viaria, lo que agudizaba aún más la situación periférica y aislamiento de las dos provincias. La red viaria, en cuanto a longitud y situación, estaba muy por debajo del bajo nivel español; sólo muy lentamente se fue rompiendo este aislamiento local y regional⁴⁷.

La construcción del ferrocarril comenzó comparativamente tarde en España, en la segunda mitad de la década de los cincuenta del siglo XIX; posteriormente se aceleró y pronto fué sacudida por violentas crisis. En 1866 se terminó, como el primer ferrocarril de Extremadura, la línea entre Madrid y Lisboa: proveniendo de la provincia de Ciudad Real pasaba por Castuera y la llanura del Guadiana hasta Badajoz; esta línea, sin embargo, con casi 900 km. de longitud no trajo una conexión directa entre la capital española y la portuguesa. La construcción y ampliación real de la red no comenzó hasta los años ochenta, cuando fueron construidas las conexiones con las capitales de las provincias andaluzas de Sevilla y Huelva. A finales de los años ochenta estaban en funcionamiento tanto el eje este-oeste de la provincia como el norte-sur. En 1884 se unió la red de Badajoz y la de Cáceres. En 1896, finalmente, se terminó la conexión entre Cáceres y Salamanca. De esta manera se estableció la red ferroviaria de Extremadura tal como existe hasta hoy con algunas ligeras modificaciones.

La construcción del ferrocarril se convirtió en una gran carga para los municipios, débiles económicamente, y absorbió en la compra de acciones una parte considerable del dinero que aquéllos habían obtenido de la venta de las tierras comunales. El ferrocarril, que como medio de transporte dependía fuertemente de la coyuntura agraria, no fue rentable y se resintió de las consecuencias de la mala coyuntura de la crisis finisecular. Las líneas de Badajoz obtenían los ingresos más bajos de todas las líneas españolas, os-

47. Sobre las carreteras y el ferrocarril, véase García Pérez y otros, *Historia*, vol. 4, págs. 876-881, 965-971.

cilando entre un tercio y la mitad del rendimiento medio por kilómetro. Además, este medio de transporte, que debía ser el pionero de la modernidad en la región, se quedó incómodo y pesado: un viaje en tren entre Madrid y Badajoz duraba, a comienzos del siglo XX, 18 horas, con una velocidad media de apenas algo más de 30 km. por hora⁴⁸. Medios importantes de transporte continuaron siendo, al menos para distancias cortas, los burros, los mulos y las carretas de bueyes.

En el nuevo siglo algunos empresarios privados comenzaron a unir con líneas de autobuses los pueblos más importantes. La red viaria, formada por carreteras de tercera categoría en un 75% según la clasificación oficial, continuó siendo, sin embargo, una de las peores y más deficientes de toda España. Hacia 1930 Badajoz todavía tenía sólamente 8 km. de carreteras por 100 km², mientras que las provincias españolas más desarrolladas, Vizcaya y Barcelona, tenían ya siete veces y cuatro veces más, respectivamente. Según datos de comienzos de los años veinte todavía 76 de los 162 pueblos de Badajoz estaban incomunicados, es decir, no contaban con una comunicación por carretera u otro medio de transporte. Eran ciertamente los lugares más pequeños de la provincia, pero vivían en ellos más de 170.000 personas, casi un tercio del total de la población⁴⁹.

IV. Desigualdad y polarización: sobre la estratificación de la sociedad rural

1. Problemas de fuentes

Un análisis de la estructura social de la provincia de Badajoz encuentra numerosos obstáculos en el camino. Un modo tradicional

48. Véase el horario de trenes en: *NDB 25.8.1900*. Para los aproximadamente 100 kilómetros de ferrocarril entre Badajoz y Cáceres se necesitaban, con el tren más rápido, 4 horas.

49. Véase el gráfico en: *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 1923, en las págs. 288/289.